

CRONICAS DOMINICANAS¹

El General Pimentel y sus Adversarios. Un Secuestro Frustrado.

El General Pepillo Salcedo, hacendado de Esterobalsa y primer Presidente del gobierno de la Restauración, fue sustituido, como saben todos, por el viejo Gral. Gaspar Polanco, también hacendado de Los Hatos y segundo Presidente de aquel gobierno.

A su vez viose este muy pronto combatido por el movimiento que promoviera en la Línea Noroeste el Gral. Pedro Antonio Pimentel, criador acomodado, ayudado en su loca tarea por el valeroso Gral. Federico García, disgustado con el gobierno de Gaspar, por haber este último perseguido a su padre, el respetable “don Ambrosio”, de quien se decía que mantenía comunicaciones secretas con los españoles.

Triunfante el ya dicho movimiento revolucionario, Pimentel, que gozaba de gran prestigio en toda aquella comarca, entró a Santiago con sus numerosos partidarios los **hate-ros**, en actitud resueltamente hostil al gobierno restaurador, sin parar mientes en el daño que infería a la causa nacional al promover la discordia entre los elementos que la sostenían en su desesperada lucha contra el ejército colonial de España.

Bandera de la revolución era el pretendido asesinato de Pepillo, que le atribuían a Gaspar, a sabiendas de que había sido la obra de un venezolano llamado Candelario Oquendo, que fungía como Secretario de aquél.



Movido Pimentel, por los impulsos de su desmedida ambición y el deseo de reducir a la impotencia a sus presuntos enemigos, ora fuesen civiles —como los miembros de ese heroico Ayuntamiento de Santiago, convertido por las circunstancias en **paladium** de la nacionalidad. — ora fuesen militares prestigiosos, como el Gral. Manzueta, también objeto de su ojeriza, su primer acto fue reducir a prisión, cargándolos de grillos ignominiosos, a los miembros del gabinete anterior: D. Ulises F. Espaillat, D. Pablo Pujol, el coronel Belisario Curiel y el joven capitaleno D. Manuel Rodríguez Objío.

Faltaba en el grupo de las víctimas el restaurador Don Máximo Grullón, Ministro de lo Interior y Policía en el derribado gobierno, quien, dotado de perspicacia poco común para juzgar a los hombres, había vaticinado a sus compañeros de gabinete la persecución de que serían objeto por parte del inquieto y ambicioso guerrillero de Guayacanes.

Esta misma desconfianza habíale inducido a retirarse con su familia a la población haitiana de Juana Méndez, en busca de la seguridad personal que sabía no podía esperar de la mala disposición contra él alimentada por el rencoroso jefe de los hateros.

Defraudado éste en sus deseos de venganza contra el hombre que había penetrado su intento, vuela al pueblo fronterizo de Dajabón, y allí resuelve apoderarse por sorpresa del que considera ser su personal enemigo.

Para tan siniestro designio esperá las sombras de la noche, reúne unos cuantos esbirros, entre ellos dos **morenos** a quienes su antagonista había reducido poco antes a prisión como espías de los españoles y les hace vadear el río Massacre o Dajabón, en espera de la hora propicia para el crimen. Mas, no queriendo llamar la atención de las autoridades del vecino Estado por medio de un acto violento, les da por instrucciones apoderarse de la persona de “don Máximo”, llamando sigilosamente a su puerta en son de hacerle confidencias de gran interés para la causa nacional.



En aquella casa de desterrados no había más hombres, fuera del dueño, que el hijo mayor del mismo, joven de diez y seis años que acababa de regresar de Alemania, interrumpiendo allí sus estudios por causa de la guerra y por haberse agravado la situación con el incendio de Santiago; y un peon ejemplo de fidelidad en la mala fortuna, quien no quiso separarse de aquella su familia en tan difíciles momentos.

Mas, la prudencia astuta de don Máximo, dejó frustrado el ardid en la primera noche, al negarse a abrir la casa, construcción deleznable de adobe, y citar para el día siguiente a los fingidos mensajeros. Empero, el infatigable Pimentel no era hombre que renunciaba fácilmente a la satisfacción de una venganza.

La segunda noche hizo que tornaran los mercenarios a su criminal tarea, rondando por los alrededores tan pronto como se extinguieron las luces del poblado, volviendo a quedar sumido aquel hogar en la angustia y el sobresalto consiguientes a los aprestos de una lucha probable por parte de sus moradores. Mas, al oír rastrillar las armas de los defensores, tampoco se atrevieron esta vez los asaltantes a ejecutar su plan de secuestro.

En la noche del tercer día una circunstancia puramente casual decidió tal vez de la suerte de aquella familia dominicana refugiada en Haití.

Llegaron a la sazón a Juana Méndez y hospedáronse en la casa de su correligionario, el señor Grullón, los buenos patriotas, señores Melitón Valverde, Mariano A. Cestero y José Eugenio Gazán, quienes venían del Cabo en servicio de la causa restauradora y trataban de penetrar en el interior del Cibao por la línea fronteriza, burlando el bloqueo decretado por España. Aumentóse por este medio el número de los defensores del hogar amenazado y esta circunstancia hizo sin duda desistir a los conjurados del ataque que premeditaban, cuando vinieron por tercera vez a reconocer el lugar.

Por otro lado, al ver la tenacidad de los emisarios de Pimentel, el general Philantrope Noel, jefe de fronteras del presidente Geffrard en aquellos días, aconsejó a su amigo



don Máximo que se trasladase al Cabo en unión de su familia, como medio único de precaver un lance que deseaba evitar su gobierno, verificándolo así el interesado.



Diez años después de estos sucesos visitaba el que esto escribe en la aldea de Quartier Morin, a orillas del mar que forma la ensenada de Petite Anse en la rada de Cabo Haitiano, una tumba recién cavada, provista de tosca cruz anónima y que parecía más sola por la soledad de aquel contorno.

Era la humilde tumba del caudillo restaurador, de quien decía su compañero de hazañas, y muchas veces su antagonista, el general Luperón, que con 500 hombres, era capaz de dar la vuelta a Europa asaltando impunemente a sus más aguerridos ejércitos, tal como capeara en su juventud las reses bravas de su hato.

El hijo del prócer hizo alto en medio de su peregrinación patriótica para tender la mano al hijo del glorioso caudillo, simbolizando así la unión de los dominicanos en tierra extranjera, allí donde la mayoría de nuestros hombres son, siquier un momento, lo que no suelen —ni deberían nunca dejar de ser— en su tierra, es decir, hombres desprovistos de pasiones personales, atentos sólo a la preocupación y el interés de la patria.

Tres años más tarde, en el cementerio de la ciudad de Cabo Haitiano, a poca distancia de la tumba solitaria de Quartier Morin, halló sepultura el féretro que contenía los restos mortales del expulso voluntario que en vida fue Máximo Grullón, víctima —como su antagonista— de la caquexia palúdica que minó su robusta naturaleza y de la nostalgia que devora a cuantos desde extranjero suelo desean el bien de su patria y no pueden llevar a la práctica sus anhelos.

En 1882 la piedad de la viuda y los hijos del prócer trasladó esos restos al panteón de la familia en Santiago. Empero, los despojos del héroe restaurador esperan todavía de la justicia póstuma de los dominicanos, la hora de la reparación en tumba digna y adecuada.²

¿Será que la pátina del tiempo y el escalpelo de la crítica



no han tenido aún reposo suficiente para borrar las asperezas de aquella gran figura histórica, las imperfecciones de aquel carácter inestable y movedido, las pasiones de aquel hombre-centauro, representante genuino de las cualidades y defectos de una raza y de un pueblo primitivo e ignorante, pero grande por su amor a la independencia y los sacrificios que por ella hiciera? Parece que la razón serena de la posteridad debería haberse pronunciado ya acerca del concurso eficacísimo de aquél en la magna epopeya del rescate de nuestra nacionalidad. Mas, ¿cómo habían de cumplir nuestros conciudadanos con aquel deber cívico, si no les alcanza el tiempo para la propia destrucción y el desquiciamiento de la patria?...

Eliseo Grullón

Listín Diario. N° 7757, S.D.
10 de abril de 1915.

1) Como este escrito de don Eliseo se refiere al noveno de los episodios narrados por su hermano don Maximiliano, lo agregamos a guisa de apéndice complementario. En las ediciones 83, 84, 86, 87, 110 y 111 de *CLIO* se reproducen trabajos similares del distinguido escritor, político y diplomático; y, precisamente, el que ahora reinsertamos fue inadvertidamente omitido.

2) Los restos del Restaurador y Ex-Presidente Pimentel fueron trasladados en 1884 a Guayubín por diligencias de su compañero de armas en la Restauración, General Benito Monción, quien era a la sazón gobernador de Monte Cristi. Su muerte ocurrió en la población haitiana de Quartier-Morin, el 6 de junio de 1874. (E. Rodríguez Demorizi: *Próceres de la Restauración*. Editora del Caribe. S.D. 1963, páginas 252-256).

